

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

Mi teléfono está mudo...

HACE días que mi teléfono no suena. Ahí está, sobre mi mesa de trabajo, mudo, estático. Y yo esperando la llamada acuciadora de su timbre. ¿Por qué no suena? Estoy tan acostumbrado a que me traiga la voz de la gente que me llama por algo, que diga algo sobre cosas que importan a la ciudad o a la isla, que cuando no lo oigo sonar siento que la curiosidad se apodera de mí y me deja una actitud expectante. Esperando. Pero ¿esperando qué? No puedo saberlo.

¿Es que en Santa Cruz, en Tenerife, no ocurre nada ya? ¿Es que todo lo que estaba por arreglar, por hacer, está ya arreglado y hecho? No lo creo. ¿Entonces? Debe ser que la gente se ha cansado de señalar cosas. De pedir cosas, viendo que no se hace nada por arreglarlas, ni se consigue nada de lo que se pide.

Yo he esperado muchas veces que los que me llaman, pidiéndome que diga algo o que señale algo que está mal, me llamen, luego, para decirme, después de recoger la queja por mí, si se ha hecho algo o se ha logrado algo de lo pedido. Pero nadie me vuelve a llamar, y yo nunca sé si lo hecho por mí ha servido para algo. Y llega un día, como éste de hoy, en el que me siento a la máquina, pongo un papel en ella, las manos en el teclado y pienso: ¿Sobre qué voy a escribir hoy?

Sobre basuras en la ciudad,

creo que está dicho ya cuanto puede decirse. Pero, ¿ha servido lo dicho para algo? No lo sé. Encerrado en mi casa, amarrado a mi silla de ruedas, no puedo ver nada ni saber nada de lo que ocurre. Cuando alguien me llama por teléfono me entero, pero si no me llaman...

Esto es lo que me pasa hoy. Que no me llaman. ¿Por qué? Repito: ¿Es que no ocurre nada en Santa Cruz? Pues sí hay algo que comentar, algo que interesa que se sepa, a ver si tiene solución o arreglo, ¿por qué nadie me lo dice, si siempre han venido a contármelo? No me lo explico. Pero este teléfono callado sobre mi mesa, ¿con qué elocuencia me habla! El sí me dice cosas. Me dice que la gente ha perdido la confianza en todo lo que se pueda decir. Que no espera nada de nadie, ni siquiera de mí. Y es falso. De mí pueden esperar lo que quieran. Pueden esperar que yo recoja todas las quejas, todas las reclamaciones. Que las apoye con el mayor interés. Con la mejor voluntad. Lo que consiga, no lo sé. Como no sé lo que haya conseguido hasta hoy. Porque no me lo dicen tampoco. Quiero que todo el mundo sepa que yo no puedo hacer nada, porque no sé nada si no me lo dicen. Y que para eso está el teléfono. Este teléfono mío que permanece desesperadamente mudo.

Antonio Marti

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

La Laguna y nuestra antigua Escuela de Náutica

LEJOS de la mar, casi sorrida al estruendo de batalla que las olas empenachadas esconden, la buena y antigua ciudad de La Laguna —siempre bien adornada con rojez de tejas canarias— es como una atalaya que avizora las huertas infinitas del océano.

La Laguna mira a la mar desde la montaña de San Roque y, también, desde donde La Cuesta se convierte en verdadero balcón sobre Santa Cruz. En La Laguna —en la antigua y muy querida La Laguna— hay como un acendrado fervor que se remansa y aquieta por donde, en siglos idos, en la laguna brillaba el amanecer y se dormía el crepúsculo. Y diríase que fue la propia mar la que, con el ariete de sus olas, llevó todo su sentir y todo su querer tan tierra adentro.

Lejos de la mar —de su propia mar— la ciudad vive y se refleja plenamente, aunque lejana, en toda ella; vive plenamente en ella en estos días en que, con ejemplaridad y legítimo orgullo, su Primera Exposición Marítima. En esta muestra del buen querer y sentir marinero de la Isla, los modelos que, por sus características y acabado, son magníficas pruebas de la maestría de nuestros artesanos. Ellos bien nos recordarán que del sentir religioso de los navegantes na-

ció el ex-voto, la promesa marinera llevada a las ermitas de la costa y a las iglesias de los puertos y muy tierra adentro.

En la buena historia de Tenerife —la que ahora se refleja en la venerable La Laguna— las finas y estilizadas goletas ocuparon siempre —y aún lo hacen en las evocaciones— un muy preferente lugar en todos los corazones. Ellas navegaron en alas del viento al banco sahariano y, una y otra vez, regresaban con la abundante cosecha de la mar generosa y, por paradoja, muy traicionera.

La aventura de las Américas —todo el Caribe ardiente y huracanado— tentó a las goletas isleñas y, al imán de unos nombres sonoros y casi con aroma —La Habana, Veracruz, La Guaira, Batabanó, etc.— cruzaron el Atlántico con los tesoros humildes de las exportaciones isleñas. A la vuelta, sus calas venían olorosas con los productos antillanos —melaza, ron, madera, etc.— que, con los de las Islas, constituían la base de toda una actividad comercial.

Los veleros perdieron su feudo en la batalla constante con los vapores de acompasado latir de máquinas, de aquellas viejas alternativas que tomaban vapor de calderas escocesas. Eran los

tiempos en los que, visión danterca, los fogoneros libaban día a día, hora a hora, su desconocida batalla ante los hornos insaciables. Crujían en el túnel las chumaceras del eje, se desbocaban los pistones desalojando los cilindros mientras los cigüeñales salpicaban vertiginosamente en las cajas de engrase.

Era la época del carbón que, como la de la vela, bien está representada en la exposición que, en La Laguna, conmemora los 200 años de nuestra muy querida Escuela de Náutica. Era la época en que trepidaba todo el barco con el esfuerzo y la canción, guerrera y valiente, de la velocidad que se cantaba en las entrañas de la sala de máquinas. Se iba entonces a todo régimen de válvulas abiertas. Se navegaba bajo un dosel de humo que, vomitado por las chimeneas adornadas con «mambrús», manchaban el azul de las mañanas que despertaban las gaviotas.

Aquellas épocas de la vela y el vapor reviven hoy en La Laguna. Allí las maquetas que, con su meticulosidad, bien nos dicen que proceden de manos hechas a la mar y en la mar; son obras, sin duda, de marinos con experiencia o, también, de hombres de tierra firme pero que, como

isleños, llevan agua de mar en sus venas y todo el amor por la mar en su corazón.

Ahora, como siempre, las maquetas, en su dulce estatismo, tendrán esa profunda y sentida evocación de la mar en este 200 aniversario de una institución tan ligada a la Isla de grandes y buenos marinos. Con Tomé Cano, los Monteverde que lucharon en Trafalgar, Juan Bautista Antequera y tantos y tantos otros. Las maquetas —esos modelos cargados de años e historia— mantienen vivo el recuerdo de días plenos de gloria, de aquellos en que las velas descubridoras tenían ansias de más allá, de expansión de la cultura, de vínculos mercantiles. Y es que, no lo dudemos, el seno de la lona aguantada por las vergas era el pecho que avanzaba abriendo los brazos de unos pueblos a otros.

En La Laguna —la del pequeño mar de su laguna— un reflejo de los barcos, unos de vapor y otros a vela, en los que navegaron los hombres que se formaron en la santacrucera Escuela de Náutica que, con orgullo sencillo y legítimo, cumple su segundo siglo de buen y bien hacer.

Juan A. Padrón Albornoz

BUENOS DIAS

A vuelta de correo

COMO todo el que escribe con asiduidad, sobre todo si es diariamente, uno recibe también sus cartas, no importando que algunas lleguen con algún retraso, aunque vengan de La Laguna, que es «la ciudad de los adelantados», pues ya se sabe cómo está el correo. Hoy, aprovechando que es sábado y que la mayoría de ustedes hacen «semana española» —antes se decía «semana inglesa»— voy a contestar, aunque brevemente —como deben ser «las cartas al editor»— algunas de ellas.

Alguien —no entiendo bien la firma—, refiriéndose a un artículo mío reciente, me dice: «No hace falta que usted le pregunte al Sr. Guimerá (se refiere al historiador Don Marcos), lo de Primo de Rivera. Es verdad que, al dividirse Canarias en dos provincias, no sólo se crearon un par de Facultades más en la ya existente Universidad, sino que, por otra parte, se establecieron también las dos Escuelas Politécnicas que existen».

Contesto: Pues, ya usted ve cómo varían las cosas; ya ellos quieren tener más facultades que nosotros, y encima (¡toma castañita!) las Escuelas Técnicas de La Laguna dependen de Las Palmas. Es una pena que usted, con ese conocimiento de causa que tiene, no nos hablara más de esta cuestión.

Otro que solamente se firma «Vale», me recomienda: «Por favor, dígame al editorialista de su periódico que si aún no ha descubierto de quién es la frase «si quieres ser feliz, como me dices, no analices, muchacho, no analices». Que no se vuelva loco, que es una «Burbuja», de Verdugo».

Contesto: Estoy de acuerdo con usted, pero con matices. En primer lugar, no es una «Burbuja», y le emplazo a que me diga en qué página del citado libro está. Segundo, Verdugo, efectivamente, ha dicho eso en un verso, pero citando a Bartrina, al que, como dije recientemente

María Rosa Alonso, el gran poeta lagunero admiraba mucho. No sé, sin embargo, en qué verso de Verdugo está la cita, pues tampoco la he encontrado en «Estelitas». Los Bartrinas fueron dos hermanos, Francisco y Joaquín, que nacieron en Reus.

Otro lector, enviándome un recorte de periódico con un suceso, en el que se dice que un joven cayó de «un onceavo piso», me pregunta qué opino yo de ese «onceavo».

Contesto: Para mí es totalmente correcto. Se puede decir onceavo, onzavo o undécimo, aunque lo de «avo» corresponde más bien a particiones. «Avo» es un subfijo numeral partitivo. No sé si me entiende, que creo que no.

Finalmente, otro lector, también de forma anónima, me envía un recorte de periódico, de «Jornada» concretamente, en el que me subraya una noticia que se titula «Misterioso encuentro de Felipe González», y en cuyo

texto se lee que, al llegar el presidente del Gobierno español al aeropuerto de San Juan de Puerto Rico, de repente desapareció con todo sigilo de la sala de autoridades, sin que nadie supiera dónde se encontraba. Se encendió la «luz roja» y todo el mundo mostraba su preocupación, hasta que después pudo saberse que estaba con su hijo Pablo, que había venido desde Estados Unidos, donde está estudiando, para abrazar a su padre.

Contesto: Pues no estaba yo enterado del detalle, pero el hecho de saber que se trataba de su hijo Pablo, me ha quitado un peso de encima. Porque como todos los políticos destacados nos están ahora sorprendiendo todos los días con sus «experiencias amorosas», en el primer momento creí que pudiera tratarse de que también don Felipe se había ido ya por ese camino...

Florilán

Exterminio

VETAMOS nuestro libre derecho a juzgar en un caso donde no queda lugar para elemento alguno de juicio, siendo suficientemente locuaz la propia noticia para abordar conclusiones por sí misma.

Otra vez se repite la noticia espeluznante, escueta y negra, entre los tantos trágicos mazazos que a diario dan a conocer los medios informativos internacionales. Máxime cuando de un retraso de la Justicia se trata. Tal es el caso de Bobby Marion Francis, cuya ejecución en la silla eléctrica por un asesinato cometido en 1975 en la persona de Titus Walters —un informante confidencial en una investigación de narcotráfico— había sido definitivamente fijada para el 16 de este sombrío mes de noviembre. Son pues, 12 años de espera en una celda en la prisión de Tallahassee (Florida) donde la Corte Suprema de este Estado ha rechazado la apelación del recluso, quedando el caso cerrado a la espera del fatídico día.

Igual destino sufren otros cuatro reclusos por delitos de homicidio cometidos entre 1975 y

1977. Para cuando estas líneas salgan a la luz, uno de estos reclusos, Bennie Demps —convicto de asesinato en 1976— recibía la descarga de voltios a las 7 de la mañana del día 5 de este mes de noviembre, once años después de aquel hecho.

América, América. La nación grande, libre y encadenada a la paradoja de sus tópicos que enfrentan a los poderosos símbolos del dólar, de la White House, de Cabo Kennedy, de Miss Liberty —entre otros muchos— a las celdas de confinamiento que desde allí conducen a la silla eléctrica y a la cámara de gas ya sea con una espera de 24 horas o de 12 años. Ejecuciones que tal vez alimentan la sed de justicia-venganza popular que reclama una vida por otra para saldar la deuda. Y que vierte sangre para pagar por la sangre.

Una pena capital inexorable en cuyas cámaras eléctricas y de gas han expirado violentamente —desde 1976 hasta nuestros días— ocho niñas negras, en una indiscriminatoria sentencia.

Virginia Sais

LINEA 111 · SANTA CRUZ · PLAYA DE LAS AMERICAS

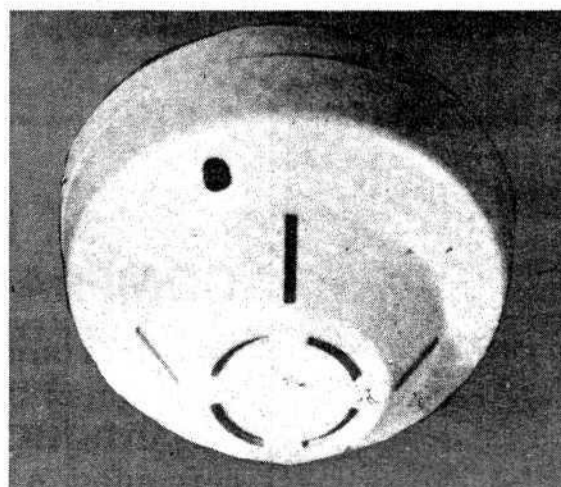
Este fin de semana viaje a Playa de las Americas con la línea 111 de TITSA

Salidas de Santa Cruz, desde las 5'30 a las 20'40h.
De Playa de las Americas, desde las 6'00 a las 21'20h.
Esta promoción es valida hasta el 30 de Noviembre.

TITSA más y mejor.

Por solo 300 ptas.

DETECTOR DE HUMOS



CENTRALES DE DETECCION AUTOMATICA DE INCENDIOS

aguilera electrónica

DISTRIBUIDOR

Ctra. Gral. del Sur Km 6'500